

EL HOMBRE OBJETIVO: FILOSOFÍA DE UN ENGAÑO

Alejandro Ramírez F.
Universidad de Chile

RE ¿Es el “Hombre Objetivo” un buen representante del hombre moderno? ¿Es, siquiera, representativo del hombre moderno que hace la ciencia? Además de ser una pregunta epistemológica, se trata de involucrar la figura completa del hombre, cuando conoce y cuando, sin más, vive. En vez del concepto (el conocimiento), o en vez del verbo (el conocer), el acento se pone en la imagen del hombre cuando ejerce esa acción.

El hombre objetivo no es, propongo, una figura del todo adecuada para representar al hombre moderno. Sin embargo se lo ha tomado por tal, y en esa eventualidad, nos engañamos. ¿Qué media entre la idea confiable y el engaño?

A partir del Idealismo moderno se produce una bifurcación. En una dirección se desarrolla con fuerza creciente y constante el rol del sujeto como creador, fundamento y posibilidad del objeto como cosa del conocimiento. Por otra parte, la vocación de la ciencia moderna ha sido, declaradamente, la búsqueda de la objetividad. De la constatación de esto se plantean tres ideas encadenadas. Primero, por antonomasia, el hombre objetivo es el hombre que hace la ciencia. Segundo, no obstante lo anterior, la ciencia actual parece ser cada vez más subjetiva. La objetividad difícilmente se la puede considerar hoy como lo gravitante del hacer del científico. Por último, la imagen del hombre objetivo ha crecido hasta llegar a convertirse en la representación del hombre moderno, en un alto valor, en el ideal del sabio moderno, creíble, responsable, un modelo a seguir en la vida cotidiana, más allá de lo científico. De aquí que, con ese “ideal del sabio”, basado sobre un rasgo equivocado de la ciencia, nos engañemos.

En ese sentido entiendo una frase de Heidegger pronunciada en una conferencia. Ocupado en trazar una idea sobre nuestra época, la caracteriza como la que hace imágenes del mundo:

“Ciertamente que la Edad Moderna ha provocado, como consecuencia de la liberación del hombre, un subjetivismo y un individualismo. Pero no es menos cierto que ninguna época anterior a ella ha creado un objetivismo comparable, y que en ninguna época precedente se ha hecho presente ni se ha impuesto lo no individual en figura de lo colectivo”¹. Objetividad, por un lado; el mundo como algo imaginado, por otro.

1

La relación entre el ideal del hombre objetivo y el ascenso de la subjetividad tiene su plena expresión en la modernidad, pero su germen está en el platonismo. En el Libro primero de *La República*, Platón habla de la justicia. Su contendor, Trasímaco, dice allí, “Sostengo yo que la justicia no es otra cosa que lo que conviene al más fuerte” (338 c.6). Y más adelante: “Tal es, amigo mío, mi pensamiento: en todas las ciudades, la justicia no es sino la conveniencia del gobierno establecido. Y éste, de una u otra manera, es el que tiene el poder. De modo que para todo hombre que razone sensatamente, lo justo es lo mismo en todas partes: lo que conviene al más fuerte” (338 e.7). Contra tales ideas del sofista, contra la afirmación de lo privado por sobre lo público como fuente de criterio, Sócrates propone, para los asuntos humanos, aquello que los físicos jónicos buscaron para lo no humano: la supremacía de lo público como base de las explicaciones. Lo público es lo que vale para todos, lo privado, lo que vale para mí y depende de mí. En eso consiste buscar las determinaciones impersonales de los fenómenos; afán de librarse de los antojos y del peligro de hacer valer o imponer sobre los demás las pretensiones particulares. E. Nagel, refiriéndose al problema de la subjetividad en las ciencias sociales, alude a lo públicamente observable como condición de lo objetivo². En ese sentido entiendo la frase de Píndaro: “La ley lo gobierna todo” (νόμος ὁ Πάντων βασιλεύς).

La derrota, quizá no definitiva, de los sofistas a manos de Sócrates impone el ideal del hombre objetivo y del afán científico. Si es posible la objetividad como un mirar al objeto sin interferencias personales, lo es también la ciencia, como el ámbito libre de lo arbitrario. La acción pública y privada del hombre es la cara no epistemológica de los respectivos términos “objetivo” y “subjetivo”.

Pero lo objetivo en el platonismo también significa la creencia férrea en la

¹La *Época de la Imagen del Mundo*, conferencia dada por Heidegger en la Universidad de Friburgo el 8 de junio de 1938. Ediciones de Los Anales de la Universidad de Chile, 1958.

²La *Estructura de la Ciencia*, Paidós, Buenos Aires, Capítulo 13.

realidad del objeto fuera del sujeto. Lo fuera del sujeto es lo más real para los griegos. Sin embargo, para hablar de los objetos, Platón mira lejos de ellos, a aquello que no es nunca un objeto presente allí fuera: los arquetipos, las estructuras, las formas. La pura idea, por muy "real", terminará siendo lo que no podría dejar de ser: la intervención franca del sujeto del idealismo moderno. En este sentido Platón fue un realista ontológico, pero un idealista epistemológico, en cuanto el conocer tiene que ver más con clases de hechos que con los hechos pertenecientes a ellas.

Las dos vertientes del platonismo se convertirán, en plena modernidad, en dos caminos bifurcados e incomunicados, cada uno reclamando posiciones de privilegio. Desde R. Bacon la ciencia viene persiguiendo la "pureza" del objeto. El Empirismo responde a eso. El procedimiento de purificación establecido por el canciller trata de aislar el objeto del sujeto. El modelo es: sujeto y objeto son completamente ajenos y conceptualmente diferenciables; el conocimiento relaciona a ambos, pero cada uno debe mantenerse incólume. El sujeto "contamina", según Bacon, al objeto y a su registro de muchos modos: el mismo entendimiento, "espejo infiel", desvía y corrompe al objeto que se quiere comprender; también lo particular de las pasiones y la voluntad nos impiden la objetividad: del mismo lenguaje natural introduce falsos problemas, "cuestiones de palabras", lo mismo que los sistemas filosóficos mismos. Todo eso nos aleja del objeto. Además, cuando se ejercita la inducción, cuando se "recogen" los hechos, para que nos topemos con los hechos en su "pureza", debemos, dice Bacon, abstenernos de deslizar toda hipótesis. Así, la objetividad está fundada en la posibilidad de separar sujeto y objeto. Es a partir de la modernidad que lo objetivo toma su figura nítida como lo "externo" al sujeto, como lo "fuera de mí", opuesto a la conciencia, como "objeción". La dualidad sujeto-objeto no es problemática, sino hasta la llegada del idealismo: mente-cuerpo, res extensa-res cogitans, conciencia-mundo. En suma, fuera y dentro. Por otra parte, la naturaleza se nos manifiesta como lo ajeno, pura materialidad susceptible de dominar y aprovechar.

La idea de la objetividad como la posibilidad de separar nítidamente el sujeto del objeto cambia especialmente a partir de Kant. Ahora el hombre será objetivo gracias a su subjetividad. Sin embargo, el kantismo no es mero platonismo invertido, sino que una ampliación del subjetivismo de Platón.

En la *Crítica de la Razón Pura* (Metod. Trasc. Secc. 2, cap. 3) se caracteriza la proposición objetiva como aquella que es justificable, esto es, la que puede independizarse de lo privado. Pero eso que es válido para todos (no particular), no lo es por cualidades del objeto sino por ser válido para "todo ser racional". Lo objetivo es lo universal. Así también lo define Popper: "La

objetividad de los enunciados científicos descansa en el hecho de que pueden contrastarse intersubjetivamente”³. La objetividad depende cada vez más del sujeto. Y la subjetividad, en cambio, no depende, no es determinada por el objeto. Téngase a la vista la Estética Trascendental: al contrario del empirismo, en el que un juicio es objetivo si es un reflejo de una “percepción fuerte”, de una impresión (Hume), mis proposiciones son objetivas porque el objeto concuerda con las formas puras de la subjetividad (intuición pura y categorías).

Por una parte, entonces, la demanda de objetividad como condición del conocimiento, y por otra, el ascenso de la subjetividad propia de todo ser “racional” como una instancia más profunda, quizá, de la ciencia fáctica. Las cosas no tienen en sí sus determinaciones ni sus valores (el ser). Lo que los fenómenos sean, lo determina el sujeto, lo cual puede ser sometido a control; no necesariamente hay aquí arbitrariedad. Los objetos son “fenómenos”. La Edad Media, hemos aprendido, fue una época oscura. ¿Fue ella oscura? Las investigaciones historiográficas empiezan a mostrarnos algo distinto. El concepto “Edad Media” es construcción subjetiva. Este espíritu invade más y más a la ciencia.

Es el caso de la física cuántica, por ejemplo. Tiende a eliminar o a dejar sin sentido el corte claro sujeto y mundo externo. En el fenómeno de la observación experimental, no se puede dejar de lado el hecho de que observador y cosa observada interactúan y se influyen mutuamente. No hay un mundo puro que observar; la cosa observada está modificada por el mismo acto de observación, que es, como acto cognoscitivo, una elección de posibilidades guiada y permitida por una teoría que indica qué es un hecho, cuál es atinente, qué registrar. Eso, no se lo obtiene del “ser” del objeto. Si en un recipiente con líquido se introduce un termómetro para registrar la temperatura de aquél, ésta se verá modificada por el cuerpo extraño, aunque en el hecho se pueda despreciar esa incidencia. De modo tal que no medimos la temperatura del líquido, sino del líquido ya modificado por el instrumento de medición y su propia temperatura. Un mundo de objetos aislados, fuera del sujeto en términos absolutos, ubicados en lugares perfectamente determinados en el espacio y en el tiempo, parece ser sólo un supuesto metafísico.

Otro caso: la percepción no es pura, como es el supuesto de todo Empirismo. Para que alguien perciba amoníaco en un recipiente y no orín, se requiere algo más que un olfato delicado; se necesitan ideas, un conociemien-

³Pooper, *Lógica de la Investigación Científica*, cap. 1-8.

to químico. Tanto la observación como el registro de datos es una operación que es guiada por ideas. En eso se resume la idea actual de ciencia empírica. Y, en eso, el sujeto está lejos de ser un mero espejo reflector⁴.

Incluso en epistemólogos como Piaget o Lorenz, quienes proponen una imagen ni idealista ni realista de la ciencia, sino una completa y mutua dependencia sobre la base de la relación organismo-medio, el sujeto aparece con un rol demasiado determinante como para ignorarlo. Lorenz, por ejemplo, ve un apriorismo kantiano en una gran diversidad de funciones orgánicas básicas, presentes desde una ameba hasta el hombre. La posibilidad de mantenerse vivo depende de las capacidades del organismo para adaptarse, y eso significa poder adquirir información y almacenarla (funciones teleonómicas). Pero la adaptación es cuestión de la especie en realidad, y de largo plazo; "la vida de toda una generación", por lo menos. Por eso tal mecanismo no es ni con mucho suficiente para asegurar la vida de un organismo en particular. De modo que Lorenz llama la atención sobre un conjunto de funciones reguladoras (que son casi una definición de lo vivo), capaces de adquirir información pero no almacenarla, pues está destinada a resolver situaciones circunstanciales. Son tantos los imprevistos que enfrenta un organismo, que de sólo contar con el lentísimo proceso de adaptación, moriría. Por ejemplo, la homeostasis es capaz de mantener la sangre a una temperatura constante, aun cuando existan variaciones extremas en el medio. Cuando un animal automáticamente acelera su respiración para compensar un momentáneo medio pobre en oxígeno, se está también ante una forma de adquisición de información para sobrevivir en un instante dado. Esto lo ve Lorenz como un apriorismo kantiano, ya que esos mecanismos hacen posible toda experiencia.

Aun cuando *La Otra Cara del Espejo* fue escrito por Lorenz para mostrar la indubitable existencia y participación del objeto en el proceso de adaptación, en los mecanismos de adquisición momentánea de información y en el conocimiento, aun así, es notable el peso del subjetivismo que revelan sus análisis.

Por último, la presencia de la subjetividad en la ciencia actual es aceptada por P. Feyerabend, quien propone incluso una visión más radical del tema. Hace entrar entre los elementos que constituyen partes decisivas de la ciencia, instancias que, especialmente para el Positivismo, son completamen-

⁴Puede verse la idea de Interpretación natural, de Feyerabend, en su *Contra el Método*, cap. VI.

te “irracionales”, a-científicas, *subjetivas*: llámese la propaganda, la costumbre, los intereses, el poder.

Sin duda que la ciencia explica, describe y predice. Pero para ello crea idealidades cada vez más alejadas de nuestro mundo sensible. La ciencia parece tener que ver más con la invención que con la percepción, con lo que no se ve que con lo que podemos ver, tocar y oír. La ciencia es objetiva, pero sobre la base de la subjetividad.

2

De modo tal que la subjetividad no es ajena a la ciencia. Los dos términos, objetivo y subjetivo, no son contradictorios y excluyentes. En ese sentido quizá ya no tengan mucho que hacer como dicotomía filosófica para comprender el conocimiento. La bifurcación esbozada al principio ha mostrado también que la idea de objetividad no muere con el ascenso de la subjetividad, sino que depende de ella. Por lo tanto, o se amplía el concepto de “objetividad” o deberemos admitir que la ciencia es fundamentalmente una empresa subjetiva. Lo claro es que la dicotomía, como herramienta epistemológica, no presta utilidad.

No creo que sea muy errado afirmar que la objetividad, de idea epistemológica, ha pasado a ser un valor y, el hombre objetivo, una de las figuras de lo humano más respetable. Tal tipo humano se contrapone, en la vida cotidiana, al dogmático. Un estudio poco objetivo sobre algún tema, es decir, subjetivo, es tomado sin más por algo poco serio, irresponsable, no confiable. Por su parte, lo subjetivo es un vicio, madre de lo dogmático y lo arbitrario.

Quizá después de la figura del héroe o del santo, la del hombre objetivo sea la más representativa de las aspiraciones humanas. Esta figura del hombre objetivo presenta, propongo, un nuevo ideal, que guarda una gran semejanza con “el ideal del sabio” (σοφός) postaristotélico. Sus rasgos: un hombre que busca con máximo ahínco la autosuficiencia, el equilibrio, el control de los desbordes de la pasión. El “Sabio” es libre porque soporta y renuncia; es libre de las necesidades, lo contrario del hombre común. El hombre objetivo revive este ideal. Su objetividad es hoy también una cierta actitud, “un modo de vivir”, refugio contra lo subjetivo. El método científico sería la liberación de la influencia de lo arbitrario y de lo privado. Quien puede mantener libres sus propuestas ante el embate de la contrastación empírica, es el más creíble, el más confiable y el más responsable guía para los demás.

El hombre objetivo es un valor alto; es el nuevo ideal del Sabio. Popper, por ejemplo, con su criterio de objetividad nos introduce en la idea de *resistir* los embates que la contrastación lanza sobre nuestras hipótesis. De ellos hay

que salir indemne. Ahora fijémonos en Séneca, en su *De la Constancia del Sabio*, a propósito de si puede éste ser objeto de ofensa: “¿Es acaso dudoso que es más segura la fuerza que no es vencida que la que no es atacada, y que si es dudoso el vigor no probado, con razón se juzga bien sólida aquella firmeza que rechazó todos los asaltos? Así, sepas tú, que el sabio es de mejor condición si ninguna injuria puede dañarle que si ninguna recibe”.

En resumen, lo objetivo ha sido: a) la referencia sólo a las propiedades del objeto, sin interferencias del sujeto, lo “real” en vez de lo discursivo; b) lo no arbitrario de un sujeto personal, lo no privado, lo públicamente válido, lo universal. La ciencia moderna es objetiva solamente en el segundo sentido. Por medio de diversos caminos “contrasta” sus hipótesis, las hace válidas para todos. Pero no hay “hechos puros”, independientes de un sujeto universal. Por lo tanto, aunque las cosas no tienen en sí sus determinaciones y el conocimiento sea expresión de la subjetividad, la figura del hombre subjetivo no necesariamente sea equivalente a la arbitrariedad y a los caprichos personales.

Pero la imagen del “hombre objetivo”, que ha pasado a ser algo así como un imperativo moral de nuestra época, se la ha entendido, por lo general, en el primer sentido aludido. El nuevo “ideal del Sabio”, entonces, como representación de la objetividad, es engañoso. Su imagen está construida sobre la ciencia porque en ella se ha visto lo objetivo por excelencia y porque se ha convertido en algo de cuya influencia es difícil sustraerse. Pero, si después de todo la ciencia es subjetiva (en el sentido expuesto), con la figura del nuevo ideal del sabio nos engañamos. La ciencia, según Planck, se hace en la creencia de un mundo “externo”, “objetivo”, que existe. Pero, a la vez, también se hace en la creencia de que el conocimiento de ese mundo es indirecto, determinado por lo subjetivo.

